



El escritor Pierre
Lemaitre en el Instituto
Francés de Barcelona.

El analista de la condición humana

Este psicólogo y ex profesor de literatura, escritor “tardío”, como dice él, de *bestsellers*, es uno de los autores más leídos y admirados del planeta. Sensato y radical, “de convicciones firmes”, PIERRE LEMAITRE ha publicado la segunda parte de su monumental saga sobre los Años Gloriosos de Francia.

—Vis Molina. Foto: Toni Mateu.

Expresivo y enérgico, domina la oratoria como nadie, se expresa con contundencia en un francés exquisito y sabe dosificar la información y modificar los tempos para mantener en un *ay* a la audiencia que asiste a la presentación de su último libro (*El silencio y la cólera*, segundo volumen de la tetralogía *Los Años Gloriosos*). Durante la primera parte de su vida, (en la segunda ha sido escritor, “tardío” según sus propias palabras, ya que publicó su primera novela recién cumplidos los 56) Pierre Lemaître fue profesor de Literatura, y esa experiencia laboral ha dejado su impronta.

En nuestra entrevista, se revela como un conversador brillante y un hombre de convicciones firmes que defiende con valentía.

Existe el París de Modiano, el París de Carrère, y existió el de Sartre y el de De Beauvoir. ¿El que muestra en su último libro es el París de Lemaître?

Intento retratar el París que he vivido en mi infancia y juventud, que es el de la clase media-baja. Durante el periodo de entreguerras París fue

una ciudad difícil que, poco a poco y a partir de 1945, fue convirtiéndose en un buen ejemplo del capitalismo social europeo. En las empresas de entonces los empleados podían ascender hasta ser jefes de equipo, es decir, que la clase baja progresaba hasta conseguir un cierto estatus. La escala social era muy cambiante y se podía transitar por ella. Ya existía la inmigración, aunque su aumento más considerable fue a partir de 1970. Aún no se hablaba de sostenibilidad ni de ecología, pero fue entonces cuando empezó el calentamiento global que estamos sufriendo ahora, y lo que más llama mi atención es la inocencia y la ingenuidad con la que vivimos en los años 50 y 60. Entre todos hemos cometido un “crimen ecológico” y hoy sufrimos sus consecuencias.

Un proyecto ambicioso el de su tetralogía, donde usted entra en el terreno de un historiador. ¿Es más fiel a la historia que antes o se permite alguna licencia literaria?

Trabajo codo con codo con Camille Cléret, una historiadora que me ayuda a entender los periodos históricos que retrato, a situarme bien en el

contexto. Me documenta todo exhaustivamente y luego, cuando acabo el manuscrito, lo lee entero para co-tejar que no haya errores históricos y distorsiones. Ella es una pieza fundamental en mi proceso de escritura, porque es muy rigurosa y exigente y yo también lo soy. A veces me señala algún error que yo decido conservar porque no es un error garrafal, y sin embargo mejora el relato, así es que le pido permiso y lo conservo. Prefiero ser fiel a la narrativa que a la historia, aunque desde luego mis libros de esta tetralogía tienen un propósito histórico que es el de retratar el periodo de los Años Gloriosos en Francia, y sobre todo pretendo ser fiel al espíritu del tiempo. No quiero hacer un tratado de historia, sino una fotografía de ese periodo.

Incluso en estas dos novelas de su tetralogía, en las que ha dejado de lado el pulso de la novela negra en la que es un maestro, aparecen crímenes truculentos. ¿Por qué le atraen tanto?

Mis novelas siempre han estado situadas en el siglo XX, uno de los momentos históricos más cruentos y con más crímenes. Con pocos años de diferencia se vivieron dos guerras

mundiales y un Holocausto especialmente cruel. Y no olvidemos el hecho de que, desde hace unos años, existe una enorme demanda de novelas negras y policíacas. El lector se siente particularmente atraído por los crímenes de sangre, quizás sea algo parecido a un ejercicio de exorcismo para el individuo. Dado que la sociedad moderna es, en principio, menos violenta que la del siglo XX, el que haya este interés destacado por los crímenes hace sospechar de una enorme frustración del individuo.

Esta novela tiene un tono más optimista y vital, incluso irónico, que la primera. ¿A qué se debe?

Está situada en 1952, un punto de inflexión muy importante durante la posguerra en Francia. Las cosas empezaron a evolucionar a mejor, excepto para las mujeres, como ocurre habitualmente. Y aparece una gran contradicción: una de las protagonistas, Hélène, tiene que enfrentarse al

gloria del capitalismo. Y en 1968 se fraguó un ataque feroz al sistema.

¿Qué es lo más complicado al escribir uno de los libros de su tetralogía?, ¿dibujar los personajes o vertebrar la acción?

Lo más complicado es organizar la narración de tal manera que la evolución de los personajes sea coherente y esté bien sincronizada con el tránsito de todos los personajes entre sí, y con la historia que se cuenta. Al ser una serie de cuatro libros, son los mismos actores los que deambulan de un sitio a otro de la tetralogía.

Haber ganado un premio Goncourt es un antes y un después en la vida de un escritor francés. ¿Fue difícil escribir después?

Muchísimo, porque la expectación era enorme. La crítica y los lectores están mirándote fijamente, analizando por qué has ganado un galardón con tanto prestigio, con una desconfianza brutal. Es muy curio-

ahora el derecho al aborto está blindado en la Constitución, es una batalla que ya está ganada. Pero hay otra cara de la moneda: la hipocresía de los años 50, la doble moral respecto a la mujer. La publicidad y el cine de esos años hablan de una mujer liberada que no era real. Los anuncios mostraban electrodomésticos super modernos que ayudaban a que la mujer viviera mejor, pero esa mujer apenas tenía vida profesional, estaba recluida en casa, dedicada a ser madre y esposa. Simplemente se le decía “ahora vivirás mejor porque tendrás un aspirador fantástico y una lavadora maravillosa”. Ni de lejos es una liberación como la entendemos ahora. **Escribir tan pegado a la historia debe procurarle sorpresas apasionantes...**

Totalmente. En esta segunda novela aparece un artículo de prensa, que es completamente real y se publicó en *Le Monde*, acerca de si las mujeres francesas eran o no limpias y ase-

“La autoridad siempre me ha producido mucho rechazo, desde niño. Me costó destacar en los estudios porque tuve unos padres muy exigentes y autoritarios. A veces invento un personaje que me sirve para hacer una crítica a lo que detesto. Ese rechazo hacia todo lo impuesto es una manera de defenderme”

aborto, al uso de anticonceptivos y al desarrollo de su vida profesional. Aparentemente la sociedad está de su lado, pero no es cierto. Y lo narro con ironía para mostrar la enorme hipocresía de la época. Lo que subyace en el desarrollo de este personaje es el eterno debate de dónde debe estar el papel de la mujer. ¿En casa cuidando a la familia? ¿O trabajando como una profesional?

¿Diría que los años 50 fueron el preludio de mayo del 68?

En absoluto. Fueron años de euforia por la modernidad. Días antes de mayo del 68, en marzo o abril, *Le Monde* publicó una portada con un titular que decía *La France s'ennuie* (Francia se aburre). Y pocos días o semanas después se armó una revolución bien gorda. Los años 50 fueron años muy cómodos, en los que el capitalismo engordó, fueron la

so, lo normal sería que, dado que has ganado ese premio, confíen en ti. Pero no, ocurre lo contrario, es como si estuvieran deseosos de comprobar que has ganado el Goncourt injustificadamente. Por suerte ya han pasado diez años, así es que esa desconfianza ha prescrito.

Los personajes femeninos tienen mucha importancia en sus novelas. ¿Su mirada hacia ellos ha evolucionado de manera diferente después del *Me Too*?

Está claro que ha habido una evolución en la mirada de la sociedad hacia las mujeres, pero en mi opinión es una evolución muy contradictoria. Por un lado ha habido un gran progreso desde los años 50 hasta hoy, y eso es palpable en el aborto, por ejemplo. Estuvo criminalizado antaño, y ahora es aceptado por una gran parte de la sociedad, tanto en Francia como en España. Es más, en Francia

das. La conclusión del reportaje es que no lo eran. Pero lo que no se comenta en el artículo en ningún momento es algo relevante: en esos años sólo dos de cada diez casas en Francia tenían cuarto de baño. Este artículo estaba claramente dirigido a lectores masculinos, que conformaban la gran parte de la audiencia de *Le Monde*. ¿Y sabe quién escribió el artículo? La periodista Françoise Giroud, que fue vicepresidenta del Partido Radical y de la Unión por la Democracia Francesa y que en 1953 fundó la revista *L'Express* junto a Jean-Jacques Servan-Schreiber. Veinte años después fue secretaria de Estado para la Condición de la Mujer en los gobiernos de Jacques Chirac y luego de Raymond Barre. El tono del artículo demuestra lo fuerte que era entonces la dominación masculina: una mujer como Giroud, heroína de la condición femeni-

“Creo que los que estamos en una situación de privilegio deberíamos ayudar a los más desfavorecidos. No soy millonario pero vivo muy bien. En Francia tenemos un grave problema con las pensiones. No me parece justo que los que son ricos no muestren sensibilidad hacia ese problema. Sé que hay personas con un enorme patrimonio que pagan menos impuestos que yo”

na, adopta un discurso absolutamente masculino en su texto y en su tesis.

¿Cómo nacen los personajes de una obra literaria?

Ese es uno de los grandes misterios de la literatura. A veces nacen para cubrir unas necesidades en el relato (por ejemplo, la tónica figura del malo), o bien surgen de forma espontánea sin que el autor los necesite, pero luego resulta que evolucionan, también libremente, y consiguen convertirse en alguien importante en el relato porque hacen o logran cosas destacables.

Algunos personajes suyos son casi parodias de arquetipos humanos. Por ejemplo, el director de la Casa de la Moneda de Saigón en *El ancho mundo*, la primera entrega de la tetralogía.

Hay personajes que me sirven para hacer una crítica a algo que particularmente detesto, como puede ser los que ejercen su autoridad sin más fundamento. Esto me ha provocado un enorme rechazo desde niño. Me costó destacar en los estudios porque tuve unos padres muy exigentes y autoritarios, y esa era mi manera de defenderme. Efectivamente, a este personaje en concreto lo dejo continuamente en ridículo.

¿Es fácil vivir de la escritura en Francia?

Es muy difícil. Yo soy uno de los pocos escritores actuales de mi país que me gano bien la vida. Mis obras se traducen a 40 idiomas, soy un extraño privilegiado. Pero mi posición no es normal. Cuesta mucho que te publiquen y aún cuesta más ganar dinero dedicándote a esto. Yo vengo de un origen social muy modesto, he tenido que hacer valer mis derechos frente a mis

editores y lo he pasado mal, aunque ya digo que ahora vivo bien y me he podido comprar una casita en la zona menos conocida de Montmartre. He ganado dinero, pero siento que pertenezco a la clase social en la que nací, en eso no he cambiado. Políticamente estoy furioso, me solidarizo con mis colegas que lo están pasando mal.

Usted ha dicho públicamente que estaría dispuesto a pagar más impuestos.

¿De verdad lo haría?

Creo que los que estamos en una situación de privilegio deberíamos ayudar al prójimo, a los más desfavorecidos. No soy millonario, ni mucho menos, pero vivo muy bien. En Francia tenemos un grave problema con las pensiones, no me parece justo que los que sí son millonarios no muestren sensibilidad hacia ese problema. Sé que personas con un enorme patrimonio pagan menos impuestos que yo, por ejemplo. No me parece justo.

¿En qué medida el éxito está reñido con la calidad?

Creo que es erróneo pensar que la

literatura que tiene éxito y se vende bien está destinada a un público fácil y poco exigente. En Francia muchos intelectuales y gran parte de la crítica desprecian los libros que son comercialmente rentables. Yo lo analizo de otro modo. No quiero pensar que gran parte de los lectores son ignorantes, sino que hay muchos estratos sociales, intelectuales y culturales en el público, y hay que mirar hacia lo más cultivado de cada uno de esos estratos. Cada lector hace suya la obra de manera diferente, y todas son igual de válidas.

¿Quiénes son sus maestros?

Alexandre Dumas, Victor Hugo, Benito Pérez-Galdós y, sobre todo, Georges Simenon.

Es un trabajo muy solitario el suyo. ¿La soledad es buena amiga del escritor?

En mi caso sí. Tengo la suerte de convivir muy bien conmigo mismo, me gusta y estoy en paz. Necesito concentración y para eso es necesaria la soledad. He aprendido a abstraerme para poder trabajar en aeropuertos, aviones y trenes, y así no pierdo el ritmo de concentración durante las promociones de mis libros, que suelen durar meses y me obligan a viajar mucho. En cuanto acabo un libro ya empiezo el siguiente, no puedo parar.

Le espera un tren que le lleva de vuelta a París, y la perspectiva de cinco horas para él solo, sin interrupciones, dedicadas por entero a la escritura de su tercera entrega de *Los Años Gloriosos* le llena de gozo. **T**

LA SAGA DE LOS PELLETIER

Lemaitre cuenta ese periodo de la historia de Francia, entre 1945 y 1975, conocido como *Les Trente Glorieuses* (Los Años Gloriosos), a través de la vida de la familia Pelletier. En cada volumen de este monumental proyecto, que puede leerse de forma independiente a los otros, el foco está puesto en un miembro de esa saga. En el primer libro el protagonista es Étienne, el más joven de la familia. El segundo (*El silencio y la cólera*, que presenta ahora) ocurre en 1952 y se centra en Hélène, la mujer cuya evolución le sirve al autor para mostrar el desarrollo del feminismo. El tercero (que está en proceso de escritura) tiene como actor principal a François, periodista de sucesos afincado en París (una profesión que a Lemaitre le hubiera encantado ejercer) y se desarrolla en 1958, con el Telón de Acero cómo escenario. Y el último volumen ocurrirá en 1963 y tendrá a Jean, el miembro más atormentado y aconplejado de la saga, como protagonista.